

# Carlos de Rokha: Pavana Póstuma

Por IGNACIOVALENTE

19 - V - 68

En este libro de escasa circulación —“Pavana del gallo y el arlequín”—, escrito por un joven poeta escasamente conocido —hijo de Pablo de Rokha, y muerto ya—, leo con sorpresa algunos de los poemas más promisorios que se hayan escrito en Chile en los últimos años. Poemas de un niño visionario que conservó hasta la muerte un extraño acento infantil y un don alucinado de fantasía creadora. Versos de un poeta sin hacer, evidente en sus préstamos e influencias, indisciplinado en la forma, imperfecto hasta la incorrección, desigual e inmaduro, pero que contiene bajo su tosquedad un arranque de imaginación tan puro, tan turbulento y certero, como en vano lo buscaríamos en muchos artistas de más trabajada expresión. Su lectura nos hace divagar sobre el poeta que podía haber sido, si su espléndida ensoñación hubiera tenido el tiempo y la posibilidad de una adecuada decantación formal.

He aquí, por ejemplo, algunos versos de un desigual poema, *Interior*, que me permito escoger y reagrupar:

El perro se arrodilla a los pies de su sueño  
como una imagen pura de la tierra.

El pan descansa ya en la larga mesa  
y llama el vino con su lengua pródiga  
mientras juega en el patio un duende oscuro.

Está sola la casa junto al tiempo...

Esta poesía se mueve en círculos de encantamiento, en la más pura magia de la infancia. Parece no haber despertado al mundo de los hombres, a la historia, al intelecto. Se da como rito de la imagen, como una inocencia primera de la fantasía, como una segura libertad de la imaginación creadora. Su mundo, sin embargo, no es un paraíso; está teñido de una esencia trágica, conoce la soledad y la angustia, y contiene a cada paso lo terrible. Es un extraño poder infantil el que convoca a las imágenes, como el poder de un niño que, sin embargo, sólo vive ya en el corazón de un trágico adulto, en “el insemne huésped que soy cuando de noche entro en mi ser visible”, niño desterrado por siempre, “solemne, vertical, desterrado como un águila ebria sobre una isla en llamas”.

*Alucinación* es la categoría que mejor da cuenta de estos versos. Aquí y allá, de pronto, al cabo de algunos tanteos donde más parte tiene la intuición que el oficio, el poeta consigue tocar alguna zona oscura de la imaginación y del recuerdo, y esta sonda desata un curso fluvial de imágenes encadenadas por vínculos subterráneos y profundos, un lenguaje impremeditado de gozosa seguridad, un proceso fantástico que tiene la fluidez del sueño y al mismo tiempo el aplomo de una realísima experiencia. Así sucede con ese extraordinario poema —el mejor del libro— que se llama *Cuadro de verano*, el poema de los gallos del crepúsculo estival, donde lo terrible está dado con una facilidad inocente y visionaria, y la intuición de esas aves sangrientas, embriagadas

terrestres, áureas, corales, crea un mundo crepuscular, un paisaje alucinado donde todo se mueve y gira con el movimiento del lenguaje.

Ahora ya la tarde son diez gallos no más  
Que bailan sobre un fuego en vértice tenaz  
Los gallos degollados multiplican la esfera  
Los gallos, ah los gallos su terrible corea.

Recuerdo un hermoso poema de Robert Huff —construido sobre una intuición análoga; éste no vale menos, y un poeta como Eduardo Anguita me lo ponderaba hace poco a la altura de muchos poemas de Bréton. Es cierto que esta fuerza se le va a Carlos de Rokha como le ha venido, y páginas enteras no exhiben sino su destello fugitivo o su vaga aproximación, sin contar con las caídas del gusto o las fatigas de la intuición, que producen no pocos versos mecánicos o intrascendentes. Su notable sabiduría en cuanto a aliteraciones, métrica y consonancias es, al parecer, inconsciente e intuitiva, pues cuando no lo arrastra su vuelo alucinado, falla técnicamente allí donde antes acertó a ciegas. Por otra parte es obvio el influjo, no bastante personalizado, de Huidobro, Neruda, Vallejo, Bréton. Pero de pronto resurge otra vez el aliento, ahora en torno a una invisible abeja de oro, que renace de las góticas letras del libro sacro que el poeta lee; animal dorado y milenar que, como los gallos del ocaso, vuelve a convocar un mundo, cuando el sol la llama:

a su trigo de sangre por las noches,  
a sus vasos de espuma en cada tarde,  
a sus vitrales de azulada imagen,  
a la arpillera en llamas de su origen,  
a los ciervos en fuga de su altura...

Carlos de Rokha es un poeta de signos escasos y profundos. Su fuerza está anudada a unas pocas imágenes que son como conjuros, puertas del misterio, resortes vivos del lenguaje, tal vez experiencias privilegiadas de la infancia: el gallo, la abeja, el pájaro, el pez, el mar, el arlequín, el pan y el vino. Con más años, con más experiencia y oficio, tal vez hubiera sabido animar todo un universo poético de múltiples resonancias. Pero ya es bastante este libro fragmentario y desigual, la huella de un hermoso y doliente naufragio, el trasunto de un proceso poético tronchado en la mitad de su crecimiento. Desde el cual, sin embargo, nos llegan las llamadas de un niño que fue testigo de un prodigioso mundo de figuras y misterios:

Vengan a ver el gallo de oro  
El gallo azul que vuela en los andenes  
Y desde el corredor se va al granero...  
El gallo azul da vueltas la rueda del molino  
El gallo azul derriba las doradas colmenas  
El gallo azul se sube a las torres del cielo.